E

n los tiempos de la nobleza se despreciaba a los libres y a los esclavos por su falta de educación, por su carencia de riqueza. Les echaban en cara su pobre urbanidad, desconocedora de las buenas maneras para conversar, para bailar, para comer. Se decía que no tenían gusto. Que no sabían apreciar las artes. En verdad estas descalificaciones no se quedaron en el pasado. Están presentes en el mundo actual, en el cual unos se sienten superiores a otros, porque saben más o porque tienen más. Hoy en día la discriminación es repudiada, pero esto no significa que esté disminuyendo. Los unos o los otros se reúnen confidencialmente y allí expresan todas sus incomodidades, llamando a adoptar programas que les beneficien.

Si no fuera por el bien común, podríamos pensar que está bien que cada cual piense como quiera, actúe como le parezca, evite convivir con estos o aquellos.

En la historia de la humanidad se han conformado mayorías sobre cuya base se legitimaron atrocidades sobre las minorías. Antes los ejércitos más poderosos borraban de la faz de la tierra todo esfuerzo de oposición, recurriendo, si era necesario, a prácticas inconfesables. Hoy en día el dinero hace las veces de la esclavitud y en la pobreza de las personas justificamos la manera como se les trata.

En materia de la contaduría hay que pensar en la gran franja que se puede construir con los precios de matrícula. Desde valores inferiores al millón de pesos hasta un programa por encima de los 16.

No hemos querido aceptar el problema social que existe entre la contaduría. Nos la pasamos despreciándonos unos a otros, generalmente de espaldas.

No se trata de decir mentiras. No todos saben lo mismo. Algunos programas son muy buenos y pocos lo saben. Otros se piensan los mejores exhibiendo sus diplomas y medallas. Es en la vida real en la que podemos observar la verdad de las cosas.

Los problemas sociales crean luchas entre las personas que se agrupan según diversos criterios. Se desarrollan celos. Se agrede a los demás y a sus propiedades. Se desea la mala suerte a los contendores y se hace lo posible para hacerles caer. Se fomenta la idea de que la mayoría decide, porque no tiene que razonar, ni convencer, ni atender a los minoritarios. Esta mayoría es igual al ejercito de un rey, emperador, sultán o califa, que invadía a otros pueblos utilizando la fuerza, la superioridad de los soldados, de sus armamentos, de sus instrumentos de desplazamiento.

Algunos quieren imponer la unidad. No sabemos si una mayoría se dará el lujo de acallar e imponerse sobre una minoría. Pero si sabemos que lo que nace de la fuerza nace torcido y finalmente caerá. Como los imperios que nos han precedido.

Tenemos padres, hermanos, primos, sobrinos y nietos. Les toleramos mucho, cuando no todo. Ponemos la filiación, el tronco común, sobre todo. Esto deberían hacer los contadores.

*Hernando Bermúdez Gómez*